

Preguntas a José Umaña Bernal

—¿Cómo llegó usted a la poesía y cuáles fueron sus primeras experiencias?

—Yo no llegué a la poesía. Descubrí un día que la poesía estaba en mí, tácita e imprevisible. Escribí versos desde antes de los diez años. Estudiante de retórica en San Bartolomé, con los jesuitas, circularon entre mis condiscípulos de entonces mis primeros cuadernos de versos, cuidadosamente sacados en limpio en una elaborada caligrafía de colegial cuidadoso. Recuerdo que entre ellos había ya una “Oda al Libertador”. Soy, pues, un bolivariano de tiempo completo.

Vino después el descubrimiento —y el deslumbramiento— de los primeros libros de Rubén Darío, que yo escondía de las vigilancias de los profesores entre los textos de estudio, y que leía sin descanso. Rubén Darío es el más grande de América; el más universal y más completo; es el poeta total; el cosmos de la poesía. Darío y Walt Whitman son las dos cumbres de la lírica americana; sin límites de espacio, ni de tiempo.

—¿Y hoy?

—¿Hoy? Es fácil la respuesta: León de Greiff, Pablo Neruda y Rafael Alberti. Sí; en ese orden de jerarquía. León de Greiff es el primer poeta vivo en lengua española.

—Hablemos de usted. Desde muy joven comenzó usted a viajar, ¿qué incidencia ha tenido esa transhumancia en su poesía?

—Esencial. Desde antes de cumplir los veinte años (y como dice Paul Nizan “yo tenía veinte años y no dejaré decir antes a nadie que es la más bella edad de la vida”) comencé a sentir el “wanderlust”; el afán del viaje. Y hoy, todavía en la plateada y desencantada senescencia, quiero estar siempre donde no estoy.

Hice entonces mi primera experiencia viajera. Viví cuatro años en Nueva York. Entonces escribí casi todos los poemas de “Itinerario de Fuga”, mi primer libro, que, catorce años después, editó Juan Lozano y Lozano, gran escritor y buen amigo, como primer volumen de su “Biblioteca de los Penúltimos”.

Sin esos itinerarios de evasión quizá mis poemas hubieran sido un pasatiempo de juventud. Pero el viaje nos endurece y nos transforma: el cambio de países, de paisajes, las ciudades donde uno llega de noche, al hotel desconocido; el mar, los puertos, y el amor en cada puerto, fueron el clima de la poesía. Y la soledad que nos llena de fortaleza y de ambiciones. Espiritualmente soy un “deraciné”, un desarraigado, en el sentido barresiano del término. Todos mis libros se escribieron en países distintos; unos en Nueva York, otros en Chile y en Portugal, donde estuve largo tiempo al frente de lo que entonces era apenas Legación de Colombia; los romances en Cuba. Sólo “Nocturno del Libertador” y “Décimas de Luz y Yelo” se escribieron en Colombia. Ya en la atemperada madurez.

—¿Por la época en que usted comenzó a escribir hizo parte de la llamada “generación de los nuevos”? ¿Qué vinculación tiene usted con los que integraron ese grupo?

—Dice usted bien: el “grupo de los nuevos”. No hubo “generación de los nuevos” dentro de los límites que señala Ortega y Gasset para constituir una generación. Al grupo de los nuevos pertenezco por razones de edad y de amistad. Pero, intelectualmente, tuvimos siempre, casi todos, situaciones diferentes. Viví estrechamente unido por la admiración y el afecto a sus figuras literarias más brillantes: Rafael Maya, León de Greiff, Jorge Zalamea. Ya sabe usted lo que León de Greiff significa para mí en la poesía. No hay hoy en Latinoamérica un hombre de letras, un humanista, más completo que Rafael Maya. Jorge Zalamea, que logró vasto prestigio internacional, unía a su valor literario, una estupenda condición humana que yo admiré, y que también he querido cultivar siempre: Zalamea era el hombre que corre el riesgo, el hombre que se atreve, y que se coloca, voluntariamente en la vida y en las encrucijadas más difíciles. Y eso en este país del conformismo, y del consenso, es algo. Y mucho.

—¿Qué influencias en su obra literaria?

—Muy difícil descubrirlas y explicarlas. Algo nos dejan siempre los libros. No hay escritor sin influencias. Mucho depende

de las lecturas; del ambiente; del clima intelectual y espiritual en que vivimos. Pero quiero hacer ahora una autopsia literaria.

Pero sí aplacar su curiosidad con algunos puntos de referencia. En Nueva York, entonces una ciudad dramática y tremenda, con su vasta corriente de gentes maravillosas y diversas de todos los puntos cardinales, descubrí la nueva literatura norteamericana, la gran literatura de los años veinte que me impresionó en profundidad y en altura. Los primeros libros de Hemingway, de Gertrude Stein, de Scott Fitzgerald. Entre los poetas, Elliot, Ezra Pound, Auden... Luego el "Village" que no era el sitio de turistas de hoy, sino un barrio de artistas, de escritores, de poetas, de revolucionarios, de mujeres que comenzaban a sofisticarse: el medio ideal para un escritor en formación.

—¿Fue esa la más honda influencia en su poesía?

—No; en absoluto no. Desde mis días de estudiante adolescente había descubierto en Bogotá a Stendhal que es el mejor de mis amigos, y sus libros, mis libros de cabecera; a Baudelaire y a todos los simbolistas de fin de siglo; después la espléndida promoción francesa de principios del nuevo siglo, Valéry —antes Barrés—, Gide, Montherlant, Malraux; algo les debo a todos en el pequeño universo de mi obra literaria.

—¿Y españoles?

—¿Y o cómo no? Los escritores del 98, mejores que los del siglo de oro, que fueron, precisamente para los "nuevos" lectura, lección y a veces imitación diaria: Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Azorín, Ortega; la lista de nunca acabar. Y más tarde, el milagro de García Lorca, su poesía, su teatro, el oscuro enigma de su muerte. No crea usted; no hay escritor, ni poeta, ni artista, sin influencias. Lo importante es saber escogerlas... Es lo que algunos no saben hacer.

—¿Pero, no cree usted que debemos limitar un poco esta amable y honrosa indagatoria? No estoy créame, en situación autobiográfica.

—Nos falta la política y otras cosas...

—¿La política? Una temporada de quince años. En realidad hice política desde la universidad.

Llegué por el periodismo a la política. Yo he sido, y soy, fundamentalmente un periodista. Durante más de cuarenta años he trabajado en el periodismo; en todos los órdenes y en todas las jerarquías. Hoy, todavía, escribo para el periódico cada día; a veces entre el sol y la lámpara y otras entre la lámpara y el sol.

Insisto en que estas reminiscencias van un poco largas, y no creo que interesen a las gentes. Abomino de los escritores y políticos que hablan siempre —simuladores y vanidosos— como inaugurando su propia estatua. Esa es una falta de “clase”, imperdonable en el político o el escritor. Quiero, pues, resumir, si usted me lo permite.

Estoy terminando un libro de relatos o memorias políticas y literarias donde contaré muchas cosas interesantes. Asistí al Congreso, diez años como representante a la Cámara, cuatro años como senador por el departamento de Boyacá. Fui dos veces presidente de la Cámara y una vez presidente del Senado. Y tomé parte en debates que algunos recuerdan todavía. O a lo mejor, nadie los recuerda.

—¿Y la diplomacia?

—Ha sido otra de mis aficiones. Me ha servido mucho para viajar: Chile, Portugal, España, Francia, etc.; y a muchas Asambleas de las Naciones Unidas, con el “rango de embajador” como dicen en la cursi vida social de los periódicos.

—¿Proyectos literarios?

—No muchos por ahora. Tengo para publicar mis recuerdos literarios y políticos. También una antología de mis versos, y pienso recoger en un libro algunos de mis ensayos en el periodismo. También mis traducciones de Rilke que se extienden a más de cien poemas. Y algo de teatro; sobre todo mi comedia “El buen Amor”, premiada en un concurso nacional, creo que en 1927, y que ha sido llevada a la escena en muchos países de habla española; el teatro ha sido, y es, una de mis preocupaciones literarias más profundas.

—¿Más datos sobre su vida de periodista?

—En síntesis: en “El Diario Nacional” con el presidente López; en “El Tiempo” con los presidentes Santos y Lleras Camargo; en el suplemento literario de “El Espectador”, una co-

lumna que se llamaba, muy dentro de la época, “Diagramas del Suplemento”.

Periodista también en Chile, a donde fui como cónsul general de Colombia en Santiago; en La Habana cuando la tremenda dictadura de Machado; en Nueva York, en Caracas. Y en Barranquilla, durante largo tiempo. Barranquilla era ya entonces una ciudad maravillosa. Trabajé en “La Prensa” que era periódico bipartidista con Juan B. Fernández y los Martínez Aparicio. Paco Lince y José Félix Fuenmayor. Barranquilla es una de las estaciones iluminadas de una vida trashumante entonces. Y la recuerdo, a la ciudad, y a sus gentes, con inmensa nostalgia.

—¿Después?

—En Bogotá; en “El Diario Nacional” con el presidente López; en “El Tiempo”, que sigue siendo casa amable para mí, con el presidente Santos, y el presidente Lleras Camargo. Como usted ve siempre anduve con los grandes. Y periodista; siempre periodista.

José Umaña Bernal sonrío, entre irónico y satisfecho... Y nos despedimos.